

Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden,
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.

¿En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso oriente?

Murmuran los españoles,
Y murmuran de su gefe,
Que á Cuauthemotzin no obliga
A que declare ó revele

En dónde guarda la tierra,
Dónde sepultados tiene
Los podigiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.



Cortés las quejas escucha
De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca,
Y se le estime y respete;

Hasta que á su oído llegan
Viles rumores que ofenden
A su honor, y su decoro
En lo mas sensible hieren.

Entonces, y en mala hora.
Para ese honor que pretende
Guardar limpio, á las hablillas
De la muchedumbre cede;

Y entregar al rey dispone
A la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,

Ser que de avaros instintos,
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquella hidrópica gente,

Que del monarca ya dueña,
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.



Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden
A la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.

El arcángel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último,
Al débil nido que tejen.

Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos descende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.

Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,
Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.

Empero en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crimen
Se prepara lentamente.



En una estancia pequeña,
A la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende;

Con el fúnebre aparato
Que el caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble rey sufrir debe.

Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están centados tres jueces;

Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,
Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes,

Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene
La puerta oculta, y á un patio
Dá segun lo que parece,

Pues de vez en cuando el aire
A bocanadas la mueve,
De una hoguera gigantesca
Se mira el fulgor perenne,
Y de espadas y rodelas,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven por último,
Tapizadas las paredes.



Dos enlutados sayones
Conducen al rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.

A interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.

Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni á la muerte,
En el silencio se obstina,
Como si de mármol fuese,

Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias crueles,
De la enérgica entereza
De su víctima inocente,
Se apoderan de ella al punto,
Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
A la espalda fuertemente;
Y sujetándole á un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos piés le bañan
Con resina y con aceite;
Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostienen,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.



El cacique de Tlacopan,
A quien le cabe igual suerte,
Se torna á su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.

Cuauthemotzin, que sin calma
Le escucha, el semblante vuelve
Hacia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende:

«¿Piensas que estoy en un baño
O entregado á algun deleite?»
Le dice, y su labio frio
Como en antes enmudece.

¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!



Llega á Cortés la noticia
De la obstinacion del héroe,
Su valor extraordinario
Estima en lo que merece;
Y reflexionando, acaso,
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.



CAPITULO ALFONSO
CAPITULO ALFONSO
CAPITULO ALFONSO

ROMANCE V

EL SUPLICO.

Marcha Cortés para Honduras,
Donde Olid se le revela,
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.
Lleva con él una parte
De la legion Tlaxcalteca
Y á Cuauthemotzin con otros
Tambien prisioneros, lleva.

Pues dejándole en Anáhuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestigio que el monarca
Aún en su Imperio conserva.



Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlan se aleja.

Al llegar á sus confines
Torna la vista hácia ella,
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.

Acaso un presentimiento
En su corazon se alberga,
Que al mirarla, se figura
Que no ha de volver á verla.

El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.

Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.

Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.

¡Pero ellas acaso un día
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!

¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolacion contempla!

Allí gozó en otro tiempo
De las caricias paternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.

Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la agena.

Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra....
Y allí no ha de volver nunca....
¡Nunca! para recogerla.

Todo eso en un breve punto
A sus ojos se presenta,
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,
Como si dentro de su alma,
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.



A la provincia de Aculam,
Después de jornadas luengas,
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.

En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuración, ya sus redes
Extiende entre los aztecas.

Que es Cuathemotzin el gefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto,
Si pronto no lo remedia.

Temeroso el castellano,
Dá la noticia por cierta;
Al régio cautivo juzga,
Y á la muerte lo condena.



Húmeda está la mañana,
Pálida amanece, y niega
El sol sus rayos de oro
Y su esplendor á la esfera.

Dispersas al pié de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y á trechos
Aun las fogatas humean.

Sobre la tienda mas alta
 El pendon de España ondea,
 Señor de cielos tan puros
 Y de tan vírgenes selvas;
 Pendon que del mundo todo
 Soberbio se enseñorea,
 Lástima es que sus colores
 Un instante se oscurezcan.

Lástima es que en mala hora
 Con sangre entinten su tela,
 Sangre de un rey inocente
 Que sube á la horca á perderla.

A la orilla de un camino,
 Que no lejos atraviesa,
 Majestuosa y elevada
 Sus ramas tiende una ceiba;

Y de una de ellas robusta,
 Está pendiente una cuerda,
 En cuyo extremo flotante
 Una lazada está hecha.

Mas de doscientos guerreros
 El árbol triste rodean,
 Y ellos y el suplicio infame
 A Cuauthemotzin esperan.



Al fin, aparece el reo,
 Y su noble faz risueña,
 Indica que el miedo nunca
 Morada en su seno encuentra.

Y mirando allí á Cortés,
 Que á duras penas sujeta
 El inestimable brío
 De un yegua cordobesa,

A él se dirige, y con calma
 Sus promesas le recuerda,
 Y de tan grande injusticia
 Amargamente se queja.

Se queja, mas no le pide
 Perdon, que pedirlo fuera
 Indigno de quien ha dado
 De su altivez tantas muestras.

«De lo que hoy haces conmigo
 Por una infame sospecha,
 Piensa, le dice, que al cielo
 Has de dar estrecha cuenta.»

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.
Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregon; el verdugo
Del monarca se apodera;
Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

FIN

INDICE.

LA RUINA DE AZCAPOTZALCO.

	PAG.
Romance I.—Ixtilxochitl—El proscrito.....	5
„ II.—El ensueño.....	15
„ III.—Nanche.....	29
„ IV.—La hospitalidad.....	37
„ V.—La emboscada.....	51
„ VI.—Nezahualxochitl.....	59
„ VII.—La muerte del tirano.....	67

TEZCOTZINCO.

Romance I.....	73
„ II.....	80

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

Romance I.....	85
„ II.....	89
„ III.....	95
„ IV.....	99